

DESPUÉS DE LA CARNE

Cd. Juárez, Estados demócratas de México

(Protectorado de la Unión Europea)

Hace más de diez años que no estaba en esta ciudad. Berlíoz recuerda con amargura su paso con el ejército europeo hacia los Estados Confederados de Norteamérica, durante el momento más crítico de la ocupación en la tercera guerra. Era un país subdesarrollado que tenía la mala suerte de ubicarse geográficamente como el único punto vulnerable del imperio capitalista. “La grieta”, como la llamaron en aquel entonces, fue parte de la expansión Yankee a principios de la guerra. La Unión le devolvió cierta autonomía en los tiempos de la post-guerra. Ha pasado una década y la ciudad todavía sigue siendo un despojo. Recuerda como los tanques y los equipos de asalto de las tropas soviéticas y de la Unión Europea, irrumpieron por las calles como bestias hambrientas. Los hombres y mujeres escondidos entre los escombros ardientes. Despojos vivientes que materializaban el terror en cada rostro. Aquella niña, una cara perdida en una multitud, escondía su diminuta figura entre las faldas de su madre, esos ojos diminutos todavía lo persiguen. Lo atormentan. No debería sentirse culpable, se dice como si fuera un mantra, pero es incapaz de surtir efecto ¿no eran ellos los libertadores?, aquellos que expulsaban a la plaga capitalista de esa tierra. Si en verdad eran los buenos, porque esa urbe seguía siendo una ruina, un cadáver de concreto expuesto en medio de un desierto de piel que se mueve por sus miserias como hormigas hambrientas.

Deambula sin rumbo fijo por la amplia avenida que conduce al corazón marchito de ese cadáver concreto. La gente evita acercársele, él es un recordatorio de la devastación (aun tan vivida en esos días). Las cicatrices se extienden por cada edificio en pie, en cada hombre. Él, encarna la muerte en su piel de guerra. Su traje biorgánico lo cubre casi por completo en una tonalidad grisácea, un traje de asalto común en los días de la gran guerra. Una reliquia en estos días que aun porta con orgullo. A fin de cuentas él es uno de los héroes más grande de su tiempo —o el mayor genocida del que se tenga registro, según el enfoque con el que se le analice—, su cabello es una línea perfecta que se alza sobre su cabeza partiéndola en dos. La máscara moldeable que se ajusta a su rostro según sus necesidades, es una extensión de su traje biorgánico, sólo deja al descubierto sus orejas, la boca y barbilla y sus ojos, al igual que el brazo izquierdo. Su precio, una prótesis de combate que adquirió al liberar a los presos políticos de Liberty Island. La cual presume como si de una medalla se tratara. No cualquiera hubiese sido capaz de sobrevivir a ese infierno, eso lo había convertido en la leyenda viviente, “el hombre indómito”, nunca supo a quien se le ocurrió eso del hombre indómito, parecía haber salido de un cómic francés de los setentas, de los que hacían tipos como Moebius o Jodorowsky antes de que fueran ejecutados por una célula separatista de pro-capitalistas franceses —la auto nombrada: *la resistance*— en los comienzos de la tercera guerra.

Un imitador de los hombres de negro, se ha convertido en su segunda sombra desde que inició su recorrido por el cadáver concreto. La palidez opaca de su piel resalta sobre cualquier cosa. Una sábana blanca hubiese tenido un mejor semblante que aquel lastre en traje luctuoso. Debería estar a unos pasos de la tumba en vez de andar con ese ritmo tan vertiginoso en sus

pasos. Berlíoz deja que se le acerque lo suficiente para tomarlo desprevenido y hundir sus dedos metálicos por su endeble cuello.

—Tranquilícese, —ruega la pálida salamandra y asegura —: Soy su contacto local —el hombre habla un perfecto español (la lengua nativa), posee hasta el acento distintivo de la región, a pesar de ser una salamandra transparente, como las del norte de Europa, sus ojos se pierden en un azul gélido, carente de emoción.

—¿Por qué debería creerte? —Cuestiona Berlíoz quien domina la lengua nativa desde la ocupación.

—Deberá hacerlo. Si es que, desea encontrar al disidente soviético.

Berlíoz lo suelta no muy convencido, pero es la única pista con la que cuenta para encontrar a su objetivo. El objeto de la discordia que pelean agencias de espionaje como si fuera el premio gordo de la lotería: el disidente. El hombre en un luto elegante —tan elegante como lo permite un poliéster de segunda— reacomoda la corbata y el ala de su sombrero y le indica al combatiente:

—Sígueme, Berlíoz.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Es usted un hombre muy conocido. Cuando solicite la ayuda de la agencia me aseguraron que mandarían a alguien de “calibre” para esta misión. No imaginé que sería el mismísimo Berlíoz. ¿Es verdad lo que se dice de usted?

—¿Sobre qué?

—Acabó con un ejército usted solo. En la guerra.

—Es una historia que sea ido exagerando con los años.

—¿Exagerar? Después de lo que hizo se redefinió el término genocidio como maestría militar. Es usted, la leyenda viviente de la que nadie ha oído hablar. Siempre me ha sorprendido que hazañas como la suya, se conserven como mitos.

—Bueno... —BerlíoZ duda con el entusiasmo manifiesto de la salamandra, ¿un mito? ¿Eso era para el resto del mundo? Un mito, fugazmente vino a él la imagen de la voz muerte, la arrogante arpía a la cual debía la mutilación de su brazo izquierdo. Previó a la caída del imperio esa mujer desertó y terminó siendo su compañera en las misiones de campo en una nueva guerra fría. Agradecía que para esta misión hubiese sido descartada para acompañarle. No le interesa saber los motivos, sólo que no contara con la presencia de la voz muerte, susurrando su horror. Le da su respuesta a la salamandra, una verdad incuestionable —: Si no hiciera esa clase de cosas, no estaría aquí, ¿verdad?

—Muy cierto. Aun con sus antecedentes, es muy llamativo. Nada discreto con esa estética personal. Parece un punk espacial con ese cabello y su traje de asalto.

—No estoy encubierto. No tengo por qué estarlo.

El hombre deja escapar una risa nerviosa, no todos los días se puede confrontar al emisario de la muerte y sentir simpatía por un mito, había una humanidad que no esperaba encontrar en esos ojos, detrás de la máscara, por un momento se hizo a la idea de que esa máscara la usaba para proteger esa humanidad, debía estar esculpida por el rostro que se perdía por debajo de la piel de combate, esos ojos evidencian su teoría. Uno de los hombres más temibles era humano. Nunca hubiera imaginado que eso fuera posible, ni aun viéndolo con sus propios ojos. Deja de lado todo eso y por mero formalismo le da un nombre:

—Me lo imagino. Mi nombre por si le interesa es Kim Doe.

Le extiende la mano. Berlíoz recíprocamente corresponde el gesto sin añadir ningún comentario. Kim guía al combatiente hasta un viejo motel sin desviarse de la arteria principal del cadáver concreto. Se introducen por un estrecho corredor que los conduce a unas escaleras que dan al segundo piso, después de pasar por dos habitaciones se introdujeron en la tercera. Es una habitación minúscula, mal iluminada por la desnudez de una bombilla que cuelga a medio cuarto, cobijando una cama individual, una mesa de madera apolillada y un par de sillas. Nada más. El baño se pierde al fondo del minúsculo cuarto y, a pesar de mantener la puerta cerrada filtra un hedor nauseabundo, mezcla de orina, humedad y algo que bien podría ser aceite quemado (supone Berlíoz, sin lograr descifrarlo). Kim toma asiento en una de las sillas. Acerca a él una valija que se postra sobre la mesa en polillas y saca de ella un expediente que le extiende a Berlíoz. Lo hojea superficialmente.

—¿Cuál es la situación hasta ahora Kim? —Dijo Berlíoz a Kim. Su nombre le parece tan falso, una mentira burda, mal articulada, pero en este negocio todo es falsedad, un engaño, difuso, sólo se golpea humo. Si no se sabe meter el puño.

—Lazlo Ryzhkov, nombre código: Borneo —Kim lo informa —. Uno de los cinco humanoides clase siete conocidos. Pidió asilo a la Unión Europea al decidir que no convergía con las políticas de la madre Rusia. Logró escabullirse a México, como le llaman a este protectorado los nativos, por la frontera sur de la Norteamérica comunista.

—¿Por qué a este protectorado, por qué no pasó directo a la Norteamérica democrática?

—No pudo pasar el muro que las divide. Su cuerpo contenedor fue destruido por agentes de la KGB durante una persecución. Así que, llegó por accidente a este lugar. Debe encargarse de que llegue hasta Nueva Britania en una sola pieza.

—¿Cuerpo contenedor? —Pregunta Berlíoz, extrañado.

—Creo que debo explicarle la naturaleza de su “protegido”.

Kim se toma su tiempo, genera la expectativa, hurga por su chaqueta hasta topar con una cajetilla de cigarros de cacao oscuro, unos Skrulls suizos. A Berlíoz no suele gustarle el humo ennegrecido que producen, pero despierta su curiosidad la forma tan entregada en que la salamandra aspira y retiene el mayor tiempo posible cada bocanada.

—Los humanoides clase siete son la obra maestra de la guerra fría de los sesentas. — dijo Kim al fin —. Humanos seleccionados genéticamente desde su nacimiento para ser adulterados en su genoma. Genios prefabricados, mutados en la edad adulta. Sus cuerpos fueron modificados radicalmente. Convertidos en una masa amorfa simbiote, pero su fisionomía es tóxica para sus huéspedes. Es como cargar con un tumor cancerígeno que te da órdenes mientras te fríe el cerebro. Por lo que, se crearon cuerpos artificiales para contenerlos.

—Dices que este disidente, anda por ahí en el cuerpo de quién sabe quién.

—Probablemente. Pero hablamos de un humanoide clase siete. Lo más probable es que ya haya construido un cuerpo-contenedor para estos momentos.

—Ya veo. Utilizan los elementos de su entorno para regenerarse —dijo un Berlíoz pensativo.

—Más que eso. Son capaces de crear la más sofisticada tecnología con los elementos más rudimentarios. Por eso debe asegurarse que llegue a su destino. Es esencial para la Unión tener al disidente ahora que la guerra fría ha reiniciado con los soviéticos.

Berlíoz parece distraer su mente con las sombras que se dibujan por debajo de la puerta. Son más de uno, deduce, y se agolpan detrás de la puerta, en cualquier momento irrumpirán como

una tromba por la minúscula habitación. Berlíoz toma el brazo de Kim y le indica que guarde silencio. Kim obediente, asienta con la cabeza y dirige su vista a las sombras amontonadas que se deslizan por debajo de la puerta.

La madera cruje al convertirse en una lluvia de astillas, tres encapuchados irrumpen rociando plomo por cada resquicio de habitación. La salamandra contiene la metralla con su pecho, precipitando su cuerpo por el suelo que se contorsiona como si fuese una marioneta de trapo. Berlíoz evade la puntería poco enfocada de los encapuchados que disparan a la diestra y siniestra, carentes de la paciencia que requiere la puntería precisa. Y usa su prótesis de combate como un mazo para ablandar carne, el cráneo de uno de los encapuchados se convierte en una pulpa viscosa que se mantiene sobre sus hombros por minúsculos hilos de carne. En menos de un parpadeo repite el procedimiento con un segundo encapuchado. El tercer encapuchado ha quedado a su merced, su arma, una pistola automática, se ha trabado, intenta desesperado lograr destrabarla sin éxito, como último recurso intenta alcanzar la pistola de menor calibre que esconde en su pantorrilla derecha, logra su cometido en vano. Berlíoz sujeta su cabeza con la mano derecha mientras sus dedos metálicos de su otra mano perforan su cráneo, se deslizan como si fuera una barra de mantequilla, alcanzando la pulpa rosada que extrae de un jalón. Contempla la pulpa rosada y se pregunta: ¿cómo esto puede contener la mente de un hombre? Los lastimeros esfuerzos de la salamandra por alcanzar la puerta del baño atraen su atención. Se retuerce sin lograr erguirse, Berlíoz puede ver el suelo por el agujero de su pecho. Y le dice lo obvio:

—Deberías estar muerto Kim o, ¿debo decirte, Borneo?

—Ya te habías dado cuenta, ¿verdad?

—Fue la forma en que fumabas ese cigarrillo lo que me hizo sospechar.

Los labios del lastre humano manifestaron una burda sonrisa y se lo confiesa honesto:

—Imitar la vida no es lo mismo que vivirla. No recuerdo la última vez que me acabé una cajetilla..., ayúdame. Necesito entrar, sino te molesta.

Berlío abre la puerta del cagadero (que bien podría denominarse así, en un sentido literal y absoluto). El olor a orina y aceite quemado penetra por sus fosas nasales intentando asfixiarlo, por instinto estira su brazo en busca de un interruptor. La luz deja al descubierto ese cuerpo tirado a un costado de un desquebrajado inodoro, manchado con sarro y mugre. Aquel cuerpo no es un hombre como tal, aunque posee las características de uno, a Berlío le recuerda al hombre de hojalata del mago de Oz —¿la salamandra le dará su corazón? — aun costado se encuentra el overol de mezclilla de un mecánico y unas botas obreras, el humanoide metálico bien pudo haber salido de una película de los cincuentas. De las que hacían los yanquis para evidenciar la paranoia que les causaban los rusos, seres fríos, carentes de emociones humanas. Debía haber una ironía en esa escena, en un cagadero tercermundista donde la disidencia soviética encarnaba los terrores de sus viejos rivales. El lastre humano se arrastra como una víbora por el suelo hasta el hombre de hojalata. Berlío es un mero espectador. Un parásito con la figura de una babosa, con una textura gelatinosa y, perdida en una tonalidad metálica similar al mercurio, emerge del agujero, el pecho del lastre humano, y se introduce por la boca del humanoide que actúa como si de una coladera se tratara. La carne ha perdido utilidad y yace a un costado del nuevo ser. Yergue su columna como un péndulo. Voltea su cuello de una forma que para la carne hubiese sido imposible articular tal doblez. Y admite su asombro:

—Pensé que se sorprendería al verme en mi cuerpo-contenedor.

—Fui parte de la expedición interplanetaria a Febos y Saturno en los setentas. Ya nada me sorprende. —Justifica Berlío, honesto.

El humanoide se incorpora, pero primero despoja al cadáver de la cajetilla de Skrulls e inicia a vestirse con el overol y las botas, sin que sean necesarios para su cuerpo. Berlíoz supone que ese ritual, vestir, es un proceso cognitivo que lo acerca a la humanidad perdida.

—¿Y ahora qué? —Borneo deja al descubierto la incertidumbre mientras guarda los Skrulls en un bolsillo del overol —. Será difícil salir sin llamar la atención después de esto y, con nuestras apariencias.

—Le das demasiada importancia a esas cosas. Sólo salgamos y veamos qué pasa. Y si alguien se interpone acabamos con él. Sin rodeos.

—Me agrada la forma en que haces las cosas. —Borneo admira la simpleza práctica del combatiente que le inyecta la seguridad de la que carecía hace unos momentos —. Entonces, veamos qué pasa.

Los inhumanos bajan por las escaleras que conducen al cadáver concreto, donde la piel sigue su andar ante los ojos de quien ha dejado la carne.